



# ANA

LA DE TEJAS VERDES

*Lucy Maud Montgomery*  
Ana, la de la isla

Traducción de Ángela Esteller



Duomo ediciones

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Título original: *Anne of the Island*

Autora: Lucy Maud Montgomery

© 2021, de la traducción, Ángela Esteller García

ISBN: 978-84-18538-47-6

Código IBIC: FA

Depósito legal: B 4.241-2021

© de esta edición, 2021 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: mayo de 2021

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*A todas aquellas chicas del mundo que han dicho:  
«Quiero más Ana»*



Tarde, aunque siempre con certeza,  
halla lo precioso aquel que busca,  
pues el Amor, junto al Destino azaroso,  
aparta el velo y descubre la valía oculta.

TENNYSON



# Capítulo 1

## La sombra del cambio

**P**asó la siega, terminó el verano», dijo Ana Shirley, contemplando los campos esquilados con aire soñador. Ella y Diana Barry habían estado recogiendo manzanas en el huerto de Tejas Verdes y en aquel momento se encontraban descansando en una esquina soleada mientras veían pasar los filamentos de las flores, llevados por las alas de un viento que todavía traía el dulzor del verano y el aroma a helechos del Bosque Embrujado.

Sin embargo, todo en el paisaje que las rodeaba ya anunciaba el otoño. El mar retumbaba en la lejanía, los campos de varas doradas estaban desnudos y secos, el riachuelo del valle debajo de Tejas Verdes rebosaba de asteres de eterno color púrpura y el Estanque de las Aguas Luminosas estaba azul azul azul; pero no el azul cambiante de la primavera, ni el celeste pálido del verano, sino un azul claro, sereno y constante, como si las aguas hubieran pasado por todos los estadios emocionales posibles y se hubieran acomodado en una tranquilidad que no iba a romperse con sueños volubles.

—Ha sido un verano muy agradable —comentó Diana



con una sonrisa, haciendo girar el nuevo anillo que lucía en su mano izquierda—. Y la boda de la señorita Lavendar fue la guinda del pastel. Supongo que el señor y la señora Irving ya habrán llegado a la costa del Pacífico...

—Pues a mí me parece que llevan tanto tiempo fuera que habrían podido dar la vuelta al mundo. —Suspiró Ana—. No puedo creer que solo haya pasado una semana desde que se casaron. ¡Cuántos cambios! La señorita Lavendar y el señor y la señora Allan se han ido... ¡y la casa parroquial se ve tan solitaria con las contraventanas cerradas! Pasé por allí anoche y me hizo sentir como si todo el mundo hubiese muerto...

—Jamás volveremos a tener a un pastor tan bueno como el señor Allan —profetizó con pesimismo Diana—. Supongo que este otoño veremos a todo tipo de suplentes, y la mitad de los domingos no habrá servicio. Y con Gilbert y tú fuera, será terriblemente aburrido.

—Pero estará Fred —insinuó Ana tímidamente.

—¿Cuándo se muda la señora Lynde? —preguntó Diana, esquivando el comentario anterior.

—Mañana. Me alegro de que venga, aunque supondrá otro cambio. Ayer, Marilla y yo vaciamos por completo la habitación de invitados y, ¿sabes?, no me gustó nada hacerlo. Ya sé que es una tontería, pero tuve la sensación de que estábamos cometiendo un sacrilegio. Siempre consideré esa habitación como un santuario. Cuando era pequeña, pensaba que era la más maravillosa del mundo. ¿Recuerdas cómo deseaba dormir en la cama de una habitación de invitados, pero no en la de Tejas Verdes? ¡Ah, no, allí jamás! Habría sido terrible... No habría podido pegar ojo. Y tampoco pisaba esa habitación cuando Marilla me enviaba a hacer algún recado, ni hablar. La atravesaba de puntillas y aguantaba la respiración, como si estuviera en la iglesia, y me sentía muy aliviada cuando la abandonaba. Allí estaban colgados los retratos

de George Whitefield y del duque de Wellington, uno a cada lado del espejo, y ¡cómo me fruncían el ceño cada vez que entraba! Especialmente si osaba mirarme en el espejo, y eso que era el único de la casa que no me deformaba el rostro. Siempre me he preguntado cómo hace Marilla para limpiar esa habitación. Yo no me habría atrevido nunca. Y ahora no solo está limpia, sino completamente desnuda. George Whitefield y el duque han sido relegados al salón de la planta superior. «Así pasa la gloria del mundo...» —recitó Ana a modo de conclusión, con una carcajada que incluía cierta aflicción—. Nunca es agradable que profanen nuestros antiguos santuarios, aunque los dejemos atrás.

—Me sentiré tan sola cuando te marches... —gimoteó Diana por enésima vez—. ¡Y pensar que te irás la semana que viene!

—Sí, pero ahora estamos juntas —dijo la alegre Ana—. No debemos permitir que la próxima semana nos robe la alegría de esta. Yo también me pongo triste con solo pensarlo; me llevo tan bien con mi hogar... Y hablando de sentirse sola, ¡soy yo la que debería quejarse! Tú te quedas aquí con un buen número de amigas... ¡y con Fred! Mientras que yo, ¡estaré allí sola, entre forasteros, sin conocer a nadie!

—Excepto a Gilbert... y a Charlie Sloane —dijo Diana, imitando la entonación taimada de Ana.

—Charlie Sloane me será de gran consuelo, seguro —convino Ana con sarcasmo, a lo que ambas damiselas respondieron con una carcajada.

Diana sabía exactamente qué opinaba Ana de Charlie Sloane, pero, pese a ser su confidente, no sabía cuál era su opinión sobre Gilbert Blythe. De hecho, ni siquiera Ana lo sabía.

—Por lo que sé, los chicos se alojarán en el otro extremo de Kingsport —continuó Ana—. Estoy contenta de ir a Red-

mond, y estoy segura de que me gustará al cabo de un tiempo. Pero sé que no será así las primeras semanas. Ni siquiera podré esperar el consuelo de la visita a casa en fin de semana, como cuando estaba en la Academia Queen's. La Navidad me parecerá a años luz.

—Todo está cambiando... o va a cambiar —dijo Diana con tristeza—. Ana, tengo la sensación de que nada volverá a ser como antes.

—Supongo que hemos llegado a una encrucijada en el camino —respondió Ana con aire reflexivo—. Teníamos que llegar. Diana, ¿crees que ser adulto será tan bonito como lo solíamos imaginar de niñas?

—No sé... Hay algunas cosas que están bien —contestó Diana, acariciando de nuevo el anillo con aquella sonrisita que siempre hacía que Ana se sintiera inexperta y fuera de lugar—. Pero también hay tantas cosas desconcertantes... A veces, siento que ser adulta me asusta, y daría lo que fuera por volver a ser pequeña.

—Supongo que acabaremos por acostumbrarnos —dijo Ana con optimismo—. No habrá tantos sobresaltos e imprevistos y..., aunque, de hecho, lo que a mí me gusta son los sobresaltos y los imprevistos; le añaden picante a la vida. Tenemos dieciocho años, Diana. Dentro de dos, tendremos veinte. Cuando tenía diez, pensaba que a partir de los veinte empezaba la vejez. Dentro de nada, tú serás una formal matrona de mediana edad, y yo seré la agradable y vieja tía Ana, que vendrá a verte por vacaciones. ¿A que siempre tendrás sitio para mí, Diana querida? No me alojarás en la habitación de invitados, por supuesto. Las viejas damas no aspiran al cuarto de huéspedes... Yo seré tan humilde como Uriah Heep y me contentaré con un pequeño cubículo sobre el porche o al lado del salón.

—¿Qué tonterías dices, Ana? —Diana se rio—. Te casarás

con alguien fabuloso, atractivo y rico... No habrá en Avonlea una habitación de invitados lo bastante bonita para ti y arrugarás la nariz cuando veas a tus amigos de la infancia.

—Eso sería una lástima. Me temo que si arrugara la nariz, desluciría su aspecto —dijo Ana, dándose unas palmadas en aquel órgano de bonitas proporciones—. No poseo tantas virtudes físicas como para ir estropeándolas. Así que, aunque me case con el rey de las Islas Sandy, te prometo que no arrugaré la nariz cuando te vea, Diana.

Con otra carcajada alegre, las muchachas se separaron. Diana regresó a la Colina del Huerto y Ana se dirigió a la estafeta de correos. Allí la esperaba una carta, y cuando Gilbert Blythe la alcanzó en el puente sobre el Estanque de las Aguas Luminosas, Ana refulgía de entusiasmo.

—Priscilla Grant también irá a Redmond —exclamó—. ¿No es fabuloso? Esperaba que lo hiciera, pero me dijo que su padre se oponía. Sin embargo, ha accedido finalmente y vamos a compartir alojamiento. Con una amiga como Priscilla a mi lado, me siento capaz de enfrentarme a un ejército entero, incluso a todos los profesores de Redmond.

—Creo que Kingsport nos gustará —dijo Gilbert—. Me han dicho que es una ciudad antigua muy bonita, con el mejor parque del mundo. He oído que el paisaje es magnífico.

—Me pregunto si será, si puede ser, más bonito que esto —murmuró Ana, mirando a su alrededor con los ojos embelesados y llenos de amor de aquellos para quienes, por muy bellas que sean las tierras de estrellas lejanas, el «hogar» siempre será el lugar más bonito del mundo.

Estaban apoyados en el puente del viejo estanque, empañándose del encanto del atardecer, justo en el lugar por el que Ana había trepado para no hundirse el día que Elaine navegó río abajo hacia Camelot. El cielo estaba todavía teñido de un elegante color morado, pero la luna ya empezaba a salir y el

agua, con su luz, parecía un gran sueño plateado. El recuerdo tejió un hechizo dulce y sutil sobre los dos jóvenes.

—Estás muy callada, Ana —dijo finalmente Gilbert.

—Me temo que si hablo o me muevo, toda esta belleza maravillosa se desvanecerá, como cuando se rompe el silencio. —Suspiró Ana.

De repente, Gilbert posó su mano sobre la que reposaba, pálida y delgada, en el pretil del puente. Sus ojos adquirieron un profundo color avellana y sus labios se abrieron para anunciar los sueños y esperanzas que arrebataban su alma. Pero Ana retiró la mano y se volvió rápidamente. El hechizo del atardecer se había roto.

—Tengo que regresar a casa —exclamó con fingida despreocupación—. Marilla tenía jaqueca esta tarde y estoy segura de que, a estas horas, los mellizos ya habrán causado algún estropicio. No tendría que haberme ausentado tanto tiempo.

Parloteó sin ton ni son hasta que llegaron al sendero de Tejas Verdes. El pobre Gilbert ni siquiera tuvo oportunidad de abrir la boca. Ana sintió cierto alivio cuando se despidieron. Su corazón albergaba una nueva y secreta turbación con respecto a Gilbert desde aquella fugaz revelación en el jardín de la Morada del Eco. Algo extraño se había introducido en la vieja y perfecta camaradería escolar, algo que amenazaba con echarla a perder.

«Nunca me había alegrado tanto de que Gilbert se fuera —pensó entre resentida y apenada mientras recorría el sendero—. Acabaremos estropeando nuestra amistad si continúa con estas tonterías. No podemos perderla, no lo permitiré. Oh, ¿por qué los chicos no pueden ser más sensatos?»

Ana sabía que no era estrictamente «sensato» sentir todavía en su mano la cálida presión de la de Gilbert, tan claramente como la había sentido durante el breve segundo en

que se había posado allí. Y todavía era menos sensato que aquello no le resultara desagradable en absoluto, sino más bien todo lo contrario, completamente opuesto al efecto que había provocado una demostración similar de Charlie Sloane durante un baile en una fiesta en White Sands tres noches atrás. El recuerdo hizo que se estremeciera. Sin embargo, todos los problemas relacionados con amoríos y pretendientes se desvanecieron cuando se adentró en el hogareño y poco sentimental ambiente de la cocina de Tejas Verdes, donde un niño de ocho años lloraba desconsolado sobre el sofá.

—¿Qué sucede, Davy? —preguntó Ana, aupándolo—. ¿Dónde están Marilla y Dora?

—Marilla ha ido a acostar a Dora —sollozó Davy—, y yo estoy llorando porque Dora se ha caído de cabeza por las escaleras de la bodega y se ha hecho un rasguño en la nariz y...

—Bueno, ya no llores más por eso, cariño. Ya sé que te preocupa, pero llorar no va ser de gran ayuda. Mañana estará bien. Llorar nunca sirve de nada, Davy, y...

—No lloro porque Dora se haya caído —dijo Davy con una intensa amargura, interrumpiendo el bienintencionado discurso de Ana—. Lloro porque no he visto cómo se caía. Siempre me pierdo lo más divertido...

—¡Oh, Davy! —Ana ahogó un tremendo ataque de risa—. ¿Crees que es divertido ver cómo se cae Dora por las escaleras y se hace daño?

—No se ha hecho mucho daño —dijo Davy en tono desafiante—. Por supuesto, de haberse matado lo habría sentido mucho. Pero los Keith no se mueren así como así. Supongo que son como los Blewett. El pasado miércoles, Herb Blewett resbaló en el granero y bajó rodando por el tobogán de nabos hasta el establo, donde había un espantoso caballo desbocado. Terminó justo debajo de sus pezuñas. Y aun así, salió vivo; solo se rompió tres huesos. La señora Lynde dice que

hay gente a la que no se puede matar ni con un cuchillo de carnicero. ¿Vendrá la señora Lynde mañana, Ana?

—Sí, Davy, y espero que siempre te comportes de forma correcta y que seas bueno con ella.

—Seré bueno y me portaré bien. Pero ¿será ella la encargada de acostarme, Ana?

—Quizá. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque... si lo hace, no podré rezar como lo hago contigo —dijo Davy con decisión.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que esté bien hablarle a Dios delante de desconocidos. Dora puede rezar ante la señora Lynde si le apetece, pero yo no pienso hacerlo. Esperaré a que se vaya y entonces lo haré. Estará bien, ¿verdad, Ana?

—Sí, siempre y cuando no olvides rezar, Davy.

—Oh, no me olvidaré, seguro. Creo que rezar es muy divertido. Pero no será tan divertido hacerlo solo como contigo. Ojalá te quedaras en casa, Ana. No entiendo por qué quieres irte.

—No es que quiera exactamente, Davy, sino que siento que tengo que hacerlo.

—Si no quieres irte, no hay ninguna necesidad. Ya eres mayor. Cuando yo sea mayor, no voy a hacer nada que no quiera, Ana.

—Davy, en toda tu vida, vas a hacer muchas cosas que no querrás.

—No lo haré —zanjó Davy—. ¡Ya verás! Ahora tengo que hacerlas porque, de lo contrario, tú y Marilla me mandáis a la cama. Pero cuando sea mayor no podréis hacerlo, y entonces no habrá nadie para impedírmelo. Ana, Milty Boulter me ha dicho que su madre dice que vas a la universidad a pescar marido. ¿Es verdad, Ana? Necesito saberlo.

Durante un segundo, el interior de Ana hirvió de resentimiento.

miento. Pero a continuación, estalló en una carcajada, recordando que la vulgaridad en los pensamientos y palabras de la señora Boulter no podía perjudicarla.

—No, Davy, no es así. Voy a estudiar, y a crecer y aprender sobre muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—«Cosas de barcos, lacres y zapatos... De reyes y repollos» —recitó Ana.

—Pero si quisieras pescar marido, ¿cómo lo harías? Necesito saberlo —insistió Davy, a quien, evidentemente, el asunto fascinaba.

—Deberías preguntarle a la señora Boulter —dijo Ana sin pensar—. Es posible que ella sepa más que yo.

—Lo haré la próxima vez que la vea —respondió Davy con aire serio.

—¡Davy! ¡No te atreverás! —gritó Ana, percatándose del error.

—Pero si acabas de decirme que lo haga —protestó Davy, ofendido.

—Es hora de que te vayas a la cama —decretó Ana para salir de aquel entuerto.

Después de haber acostado a Davy, Ana se dirigió paseando hasta Isla Victoria y se sentó allí, sola, arropada por el sedoso resplandor de la luna, a escuchar el alegre parloteo del riachuelo y la brisa. Ana siempre había adorado aquel arroyo. ¡Cuántos sueños había tejido en el pasado en sus brillantes aguas! La había hecho olvidar amores de juventud, los mordaces comentarios de vecinas maliciosas y todos los problemas de su existencia. En su imaginación, navegaba por unos mares legendarios que bañaban las lejanas orillas de la «tierra olvidada de las hadas», donde se encontraban la perdida Atlantis y los Eliseos, y, con la estrella vespertina como guía, ponía rumbo hacia la tierra de los Anhelos del Corazón.



Unos sueños que se prodigaron más que la realidad; porque lo que se ve, pasa, pero lo que no se ve es eterno.

## Capítulo 2

# Guirnaldas de otoño

La siguiente semana transcurrió rápidamente para Ana, enfrascada en lo que llamaba «cosas de última hora». Tenía que hacer y recibir varias visitas de despedida, unas más agradables que otras, según si los visitantes y visitados compartían de corazón las esperanzas de Ana o si, por el contrario, pensaban que se mostraba demasiado entusiasmada con la universidad y se creían con el deber de «ponerla en su lugar».

La Asociación para la Mejora del Pueblo de Avonlea dio una fiesta de despedida en honor a Ana y a Gilbert una noche en casa de Josie Pye. Habían elegido aquel lugar en parte porque la casa del señor Pye era más grande y conveniente, y en parte porque se sospechaba que las chicas Pye no colaborarían en absoluto si no se aceptaba su proposición de hacerla allí.

Fueron unos momentos muy agradables, porque las chicas Pye se comportaron con elegancia y no dijeron ni hicieron nada que estropeará la armonía de la ocasión, la cual distaba mucho de ser de su agrado. Josie se mostró inusualmente

amistosa, tanto que incluso dirigió a Ana varias observaciones condescendientes.

—Ese vestido nuevo te favorece bastante, Ana. De verdad, casi estás bonita.

—Qué amable de tu parte —respondió Ana, con ojos danzarines. Su sentido del humor se había desarrollado y los comentarios que a los catorce años la habrían herido, se habían convertido en aquel momento en mera diversión.

Josie sospechó que, tras aquellos ojos pícaros, Ana se mofaba de ella. Sin embargo, se contentó con, al bajar las escaleras, susurrarle al oído de Gertie que ya vería, que Ana todavía se daría más aires ahora que iba a la universidad.

Toda la «vieja tropa» estaba presente, llenos de alegría, entusiasmo y despreocupación juvenil. Diana Barry, sonrosada y con los hoyuelos marcados, al lado de Fred; Jane Andrews, pulcra, sensata y sencilla; Ruby Gillis, luciendo un aspecto de lo más atractivo con una blusa de seda color crema y unos geranios rojos en su cabellera dorada; Gilbert Blythe y Charlie Sloane, ambos tratando de pegarse a la elusiva Ana; Carrie Sloane, pálida y melancólica porque, según se dijo, su padre no dejaba que Oliver Kimball se acercara a su casa; Moody Spurgeon MacPherson, quien, con aquella cara redonda y desagradables orejas, estaba más orondo y desagradable que nunca; y Billy Andrews, quien permaneció sentado en una esquina durante toda la velada, soltando una risita cuando alguien le dirigía la palabra y observando a Ana Shirley con una mueca de placer en su ancho y pecoso semblante.

Ana había sabido de la fiesta, pero lo que desconocía era que ella y Gilbert, como fundadores de la Asociación, iban a ser agasajados con elogiosos discursos y objetos que demostraban el gran respeto que se les profesaba —en el caso de Ana, un volumen de las obras de Shakespeare, y en el de Gilbert, una pluma. Las cosas que se dijeron en el discurso,

que Moody Spurgeon leyó en un tono de lo más solemne, la tomaron tan por sorpresa y le agradaron tanto que las lágrimas asomaron a sus grandes ojos grises. Había trabajado mucho para la Asociación para la Mejora, y el hecho de que sus miembros apreciaran aquel esfuerzo con tal sinceridad la llenaba de ternura. Y todos estaban tan contentos y eran tan amables... ¡Hasta las chicas Pye! En aquel momento, Ana amaba el mundo.

Pero pese a que disfrutó tremendamente de la velada, esta se vio ligeramente enturbiada por su final. De nuevo, Gilbert cometió el error de hacerle un comentario amoroso mientras cenaban en la veranda, a la luz de la luna. Y Ana, para mortificarlo, se mostró gentil con Charlie Sloane y permitió que este la acompañara a casa. Sin embargo, descubrió que la venganza siempre es más dolorosa para aquel que la inflige, porque Gilbert se marchó despreocupadamente con Ruby Gillis, y Ana pudo oír cómo se reían y charlaban alegremente, disfrutando de aquella noche tranquila y fresca de otoño. Sin duda, se lo estaban pasando en grande, mientras que ella se estaba aburriendo a más no poder con Charlie Sloane, que no dejaba de hablar y que jamás, ni siquiera por accidente, decía algo digno de interés. Ocasionalmente, Ana le dirigía unos ausentes «sí» o «no», mientras pensaba en lo bonita que estaba Ruby, en lo saltones que parecían los ojos de Charlie a la luz de la luna —peores incluso que a la del sol— y en que el mundo, de alguna manera, no era el lugar tan agradable y hermoso que había sido aquella misma tarde.

«Es solo cansancio», se dijo nada más llegar a su habitación y encontrarse a solas. Y, honestamente, pensaba que así era. Sin embargo, un chorro de alegría, como si procediera de un manantial secreto y desconocido, brotó en su corazón la tarde siguiente, cuando vio a Gilbert atravesando a grandes zancadas el Bosque Embrujado y cruzando el viejo puente de

madera con su andar rápido y seguro. ¡Al parecer, Gilbert no tenía pensado pasar su última tarde con Ruby Gillis!

—Pareces cansada, Ana —dijo.

—Estoy cansada, y lo que es peor, malhumorada. Estoy cansada porque me he pasado todo el día cosiendo y haciendo la maleta. Pero estoy malhumorada porque, de las seis mujeres que han venido a despedirse de mí, ninguna ha dicho algo que no enturbiara el color de la vida, y la han dejado tan gris, sombría y deprimente como una mañana de noviembre.

—¡Viejas harpías! —Fue el elegante comentario de Gilbert.

—¡Oh, no, no lo son! —respondió Ana con seriedad—. Y ese es precisamente el problema. Si fueran viejas harpías no me habría importado. Pero todas son almas amables, maternales y buenas, que me tienen aprecio y a las que yo aprecio, y es por eso por lo que sus palabras, o lo que dieron a entender con ellas, han hecho tanta mella en mí. Me insinuaron que pensaban que era una insensata por ir a la universidad, y desde ese momento, he estado pensando si no les falta razón. La esposa de Peter Sloane dijo entre suspiros que deseaba que me acompañaran las fuerzas durante el viaje, y enseguida me vi como una pobre víctima de la postración nerviosa al final del tercer año. La esposa de Eben Wright dijo que mis cuatro años en Redmond costarían mucho dinero, e inmediatamente sentí que era imperdonable por mi parte despilfarrar el dinero de Marilla y el mío en tamaña tontería. La esposa de Jasper Bell dijo que confiaba en que la universidad no me estropeará el carácter, como le había pasado a otras personas, y sentí en mis huesos que al terminar cuarto, sería una criatura de lo más insufrible, una sabelotodo que mira a todos por encima del hombro; la esposa de Elisha Wright dijo que había oído que las chicas de Redmond, especialmente las que se alojan en Kingsport, son «elegantes y presuntuosas» y que suponía que

no me sentiría muy a gusto entre ellas, y yo me vi a mí misma, una campesina aburrída, rechazada y humillada, arrastrando los pies por los grandes salones de Redmond en botas de granjera.

Ana concluyó con una mezcla de carcajada y suspiro. Cualquier desaprobación afectaba su naturaleza sensible, incluso la desaprobación de aquellas cuyas opiniones le merecían poco respeto. En aquel momento, la vida se había vuelto insípida y su ambición se había apagado como si de la llama de una vela se tratara.

—No les hagas mucho caso —objetó Gilbert—. Sabes exactamente lo estrechas de miras que son, por muy buenas y amables que sean. Hacer algo que ellas jamás han hecho es una abominación. Eres la primera chica de Avonlea que irá a la universidad, y ya sabes qué se piensa de los pioneros: que son unos lunáticos.

—Ah, sí. Pero sentir es tan diferente de saber... El sentido común está de acuerdo contigo, pero hay veces que el sentido común no ejerce ningún poder sobre mí. El sinsentido coge las riendas de mi alma y, de verdad, después de que la señora Wright se fuera, apenas me sentía con ánimos para terminar de hacer las maletas.

—Estás cansada, Ana, eso es todo. Venga, olvídate de esas cosas y ven a dar un paseo conmigo... Una caminata por los bosques. Más allá de la marisma creo que hay algo que quiero enseñarte.

—¿Como que «crees que hay algo»? ¿Acaso no estás seguro de que lo haya?

—No. Solo sé que debe de haberlo por algo que vi allí en primavera. Vamos. Fingiremos que somos niños de nuevo y nos dejaremos llevar por el viento.

Partieron alegres. Ana, al recordar lo antipática que había sido con Gilbert la noche anterior, se comportó con amabi-

lidad. Y Gilbert, que cada día ganaba en sabiduría, se esforzó por mostrarse únicamente como el viejo compañero de escuela. La señora Lynde y Marilla los observaban desde la cocina.

—Algún día estos dos se casarán —dijo con aprobación la señora Lynde.

Marilla se estremeció ligeramente. Así lo deseaba su corazón, pero iba en contra de sus creencias escucharlo en boca de la señora Lynde, en uno de sus chismorreos pragmáticos.

—Todavía son unas criaturas —respondió brevemente.

La señora Lynde soltó una sonora carcajada.

—Ana tiene dieciocho años; a su edad, yo ya me había casado. A las viejas como tú y como yo siempre nos da por pensar que los niños nunca crecen, eso es. Ana es una joven y Gilbert es un hombre, y besa el suelo que ella pisa, como todos saben. Es un buen chico, y Ana no puede aspirar a nada mejor. Espero que en Redmond no le entren tonterías románticas en la cabeza. No me gusta la educación mixta y nunca me ha gustado, no, señor. Me parece que, en esos centros, los estudiantes no hacen más que coquetear —concluyó la señora Lynde con aire solemne.

—Seguro que estudian un poco —dijo Marilla con una sonrisa.

—Sí, un poco... —Resopló la señora Lynde—. Sin embargo, creo que Ana sí lo hará. Nunca ha sido coqueta. Pero no aprecia toda la valía de Gilbert, no, señor. ¡Oh, conozco a las jovencitas! Charlie Sloane también está loco por ella, aunque yo nunca le aconsejaría que se casara con un Sloane. Son buenos, honestos y respetables, por supuesto, pero son Sloane.

Marilla asintió. Para un forastero, la afirmación de que los Sloane eran Sloane podía no significar nada en absoluto, pero ella lo entendía. En cada pueblo había una familia así: buenos, honestos y respetables, sí, pero eran Sloane y así

siempre lo serían, aunque hablaran como los ángeles y se vistieran de seda.

Gilbert y Ana, felizmente inconscientes de los comentarios de la señora Lynde sobre su futuro, paseaban entre los claros del Bosque Embrujado. Más allá, las colinas con los campos de cosechas estaban bañadas por el resplandor ámbar del ocaso bajo un cielo pálido, etéreo, rosado y azul. Los bosquecillos de píceas estaban barnizados en bronce, y sus largas sombras se extendían por los prados de las montañas. Sin embargo, a su alrededor, un ligero viento cantaba entre los abetos, y en su melodía se podía sentir el otoño.

—Ahora este bosque sí que está realmente embrujado... con recuerdos —dijo Ana, inclinándose para recoger un manojo de helechos a los que la escarcha había conferido un color blanco ceroso—. Todavía me parece vernos a Diana y a mí jugando aquí de niñas, sentándonos junto a la Burbuja de la Dríada a la hora del crepúsculo, fieles a nuestra cita con los fantasmas. ¿Sabes que no puedo recorrer este camino en la oscuridad sin sentir cierto miedo? Uno de los fantasmas que creamos era especialmente horripilante..., el de una niña asesinada que se te acercaba por la espalda y te cogía de la mano con sus dedos fríos. Confieso que, todavía hoy, cuando vengo aquí después del anochecer, me estremezco al imaginar sus pequeños y furtivos pasos a mis espaldas. La Dama Blanca, el hombre sin cabeza o los esqueletos no me asustan, pero ojalá no hubiésemos imaginado ese fantasma infantil. ¡Cómo se enfadaron Marilla y la señora Barry con todo aquel asunto...! —concluyó Ana, riendo al evocar el incidente.

Los bosques que rodeaban la parte delantera de la marisma tenían todos los tonos del violeta, hilados con telarañas. Tras una adusta plantación de abetos retorcidos y un cálido valle bordeado de arces, encontraron el «algo» que Gilbert buscaba.



—Ah, aquí está —dijo con satisfacción.

—Un manzano... ¡Aquí! —exclamó Ana, entusiasmada.

—Sí, es un verdadero manzano, aquí, en medio de pinos y hayas, a más de un kilómetro de cualquier huerto. Lo descubrí la primavera pasada, completamente cubierto de flores blancas. Así que decidí volver aquí durante el otoño y ver si había dado fruto. Ves, está cargado de manzanas. Y además parece que son buenas..., rojas pero con partes más oscuras. La mayoría de las semillas salvajes acaban por dar frutos verdes y poco sabrosos...

—Supongo que brotó hace años de alguna semilla sembrada por la casualidad —dijo Ana con aire soñador—. Y ahora ha crecido y ha florecido, solo entre extraños... ¡Qué valiente!

—Aquí hay un tronco caído con un cojín de musgo. Siéntate, Ana. Servirá de trono de los bosques. Yo treparé a por algunas manzanas. Todas crecen en la copa... El árbol tenía que buscar la luz del sol.

Como pudieron comprobar, las manzanas estaban deliciosas. Debajo de su piel bronceada había una pulpa blanca, muy blanca, apenas vetada por el rojo; y, además de su característico sabor a manzana, dejaban un paladar deliciosamente silvestre que no podía ser comparado con los frutos de ningún huerto.

—La funesta manzana del paraíso no podía saber mejor —comentó Ana—. Pero es hora de que regresemos. Ves, hace tres minutos había luz crepuscular, y ahora es la luna la que nos alumbra. Qué pena que no hayamos estado atentos a la transformación, aunque supongo que es difícil cazar el momento preciso.

—Volvamos rodeando la marisma y tomemos después el Sendero de los Amantes. ¿Te sientes igual de malhumorada que cuando partimos, Ana?

—En absoluto. Esas manzanas han sido la mejor medicina. Ahora mismo creo que me gustará Redmond y que pasaré cuatro años magníficos allí.

—Y después de esos cuatro años... ¿qué?

—Oh, siempre hay un recodo en el camino —respondió Ana a la ligera—. No tengo ni idea de qué habrá cuando lo doble, y tampoco tengo ganas de saberlo. Es mejor así.

El Sendero de los Amantes estaba precioso aquella noche, tranquilo y misteriosamente poco iluminado en contraste con el resplandor pálido de la luna. Lo recorrieron en un agradable silencio, de esos que solo pueden darse entre buenos amigos.

«Si Gilbert siempre se comportara como lo ha hecho esta tarde, que fácil y bonito sería todo», pensó Ana.

Gilbert la observaba mientras caminaba. Con su vestido de color claro y su esbelta y delicada figura, le recordaba a un iris blanco.

«¿Conseguiré que se fije en mí algún día?», se preguntó con una punzada de duda.

## Capítulo 3

# Despedidas y bienvenidas

Charlie Sloane, Gilbert Blythe y Ana Shirley partieron de Avonlea a la mañana del lunes siguiente. Ana esperaba que hiciera buen día. Diana iba a llevarla a la estación y ambas deseaban que aquel último viaje juntas por algún tiempo fuera memorable. Pero cuando Ana se acostó el domingo por la noche, el viento del este gemía en Tejas Verdes con una oscura profecía que se vio cumplida por la mañana. Al despertar, comprobó que las gotas de lluvia tamborileaban contra su ventana y ensombrecían la superficie gris del estanque, formando círculos cada vez más grandes; las colinas y el mar quedaban ocultos por una cortina de bruma, y el mundo le pareció un lugar lúgubre e inhóspito. En aquella alba triste y gris, Ana se vistió, puesto que tenía que estar lista temprano para llegar al tren que la llevaría hasta el barco, y luchó contra las lágrimas que se agolpaban en sus ojos muy a su pesar. Iba a dejar el hogar que le era tan querido, y algo le decía que lo abandonaba para siempre, excepto como refugio vacacional. Nada volvería a ser como antes. Volver de vacaciones no era lo mismo que vivir allí. ¡Y, oh, cuánto quería a todo aque-

llo...! La pequeña buhardilla blanca sobre el porche, sagrada en sus sueños de juventud, la vieja Reina de las Nieves en su ventana, el arroyo de la hondonada, la Burbuja de la Dríada, el Bosque Embrujado y el Sendero de los Amantes..., los cientos de parajes tan queridos que albergaban los recuerdos de los viejos tiempos... ¿Lograría ser tan feliz en otro lugar?

Aquella mañana, el desayuno en Tejas Verdes se desarrolló en un ambiente bastante triste. Davy, por primera vez en su vida, no consiguió comer y se dedicó a lloriquear sin vergüenza alguna sobre su plato. Nadie más parecía tener mucho apetito, excepto Dora, que se comió su ración sin rechistar. Dora, como la inmortal y muy prudente Charlotte de los versos de Thackeray, que «siguió cortando pan y mantequilla» mientras se llevaban el cadáver de su enloquecido enamorado, era uno de esos seres afortunados que raramente se veían angustiados por los acontecimientos. Con solo ocho años, ya era imperturbable. Sentía que Ana se marchara, por supuesto, pero eso no era razón para no apreciar una buena tostada con huevos revueltos. Y al ver que Davy no se podía comer la suya, Dora lo hizo por él.

Justo a la hora convenida apareció Diana con el caballo y el carro, con su rostro rosado y resplandeciente asomando por el impermeable. Había llegado el momento del adiós. La señora Lynde llegó desde sus aposentos para darle a Ana un fuerte y sentido abrazo y para decirle que se cuidara. Mari-lla, brusca y sin llantos, le pellizcó la mejilla y le recordó que escribiera una vez instalada. Un observador casual podría pensar que la partida de Ana no le importaba lo más mínimo, pero sus ojos la delataban. Dora dio un beso remilgado a Ana y se secó dos decorosas lagrimitas; y Davy, que había estado llorando en el escalón del porche trasero desde que se levantaron de la mesa, se negó a despedirse. Cuando vio que Ana se acercaba, se puso en pie de un salto, subió las escaleras

traseras y se escondió en un armario ropero del que no quiso salir. Sus alaridos ahogados fueron lo último que Ana escuchó al partir de Tejas Verdes.

En el camino a Bright River llovió con fuerza. Tenían que dirigirse a dicha estación puesto que la línea ferroviaria de Carmody no conectaba con el tren que la llevaría hasta el barco.

Cuando llegaron, Charlie y Gilbert ya estaban en el andén, y el tren hacía oír su silbato. Ana apenas tuvo tiempo de coger el billete y la maleta, despedirse apresuradamente de Diana y subir al vagón. Segura de que no podría soportar la añoranza, deseó poder regresar a Avonlea con su amiga del alma. ¡Y ojalá esa maldita lluvia parara! Llovía como si el mundo se hubiera puesto a llorar por el fin del verano y las alegrías pasadas. Ni siquiera la presencia de Gilbert parecía aliviarla, porque Charlie Sloane también estaba allí, y su persona solo podía tolerarse con buen tiempo. Era insufrible con lluvia.

Sin embargo, cuando el barco zarpó del muelle de Charlottetown, todo mejoró. La lluvia cesó y los dorados rayos de sol empezaron a colarse entre las nubes, barnizando el mar gris con un resplandor de matices de bronce e iluminando las brumas que rodeaban las orillas rojas de la isla con destellos de oro que anunciaban, de hecho, un día agradable. Además, Charlie Sloane pronto se mareó y tuvo que marcharse a la planta inferior, con lo que Ana y Gilbert se quedaron solos en cubierta.

«Me alegro mucho de que todos los Sloane se mareen tan pronto como suben a un barco —pensó Ana sin compasión—. Estoy segura de que sería incapaz de despedirme de este querido paisaje con Charlie a mi lado fingiendo que también se emociona».

—Bueno, ya hemos zarpado —comentó Gilbert sin sentimentalismos.

—Sí, me siento como el *Childe Harold* de Byron..., solo que no es realmente la «orilla que me vio nacer» la que tengo ante mis ojos —dijo Ana, pestañeando—. Supongo que eso sería Nueva Escocia, aunque creo que el poeta se refiere a la tierra que uno ama, y en mi caso, es Isla del Príncipe Eduardo. No puedo creer que no haya vivido aquí siempre. Los once años previos me parecen ahora una pesadilla. Hace siete que llegué en este barco... aquella tarde en que la señora Spencer me trajo de Hopetown. Todavía puedo verme, ataviada con ese vestido horrible y un sombrero marinero ajado, explorando las cubiertas y los camarotes con gran curiosidad. Hacía buen tiempo ¡y cómo resplandecían las orillas rojas de la isla con los rayos del sol! Ahora vuelvo a cruzar el estrecho. Oh, Gilbert, espero que me guste Redmond y Kingsport, pero tengo la sensación de que no será así.

—¿Dónde ha ido a parar el tomártelo con filosofía, Ana?

—La filosofía ha quedado sumergida bajo una enorme y abrumadora ola de soledad y añoranza. He ansiado ir a Redmond durante tres largos años, y ahora que por fin lo consigo, ¡preferiría no hacerlo! ¡Pero no importa! Estaré alegre y filosófica de nuevo después de derramar unas buenas lágrimas. Tengo que hacerlo, y tendré que esperar hasta esta noche, hasta que esté en la cama de la casa de huéspedes. Entonces volveré a ser la Ana de siempre. ¿Habrás salido ya Davy del armario?

Eran las nueve de la noche cuando el tren llegó a Kingsport. La luz azul y blanca de la abarrotada estación los deslumbró. Ana estaba tremendamente desconcertada, pero al instante encontró a Priscilla Grant, que había llegado a Kingsport el sábado.

—¡Ana, qué alegría, ya has llegado! Y supongo que estás igual de cansada que lo estaba yo cuando llegué el sábado por la noche.

—¿Cansada? Priscilla, no puedes imaginar cuánto. Me siento agotada, mareada y provinciana, y como si fuera una niña de diez años. Por el amor de Dios, lleva a tu pobre y descompuesta amiga a algún lugar para que pueda recomponerse.

—Te llevaré directa a nuestro alojamiento. Hay un coche fuera esperándonos.

—Es una bendición que hayas venido, Prissy. Si no lo hubieses hecho, creo que me habría sentado sobre la maleta y habría empezado a llorar con amargura. ¡Qué alivio es ver un rostro conocido en esta jauría de extraños!

—Ese de allí... ¿es Gilbert Blythe, Ana? ¡Cómo ha crecido este último año! Era solo un chiquillo cuando yo enseñaba en Carmody. Y, por supuesto, ese de ahí es Charlie Sloane. No ha cambiado en absoluto..., ¿cómo iba a hacerlo? Está igualito que cuando nació, y seguirá estando igualito cuando tenga ochenta años. Por aquí, querida. Veinte minutos y estaremos en casa.

—¡Casa! —gruñó Ana—. Querrás decir en algún horrible alojamiento, con un dormitorio todavía más horrible que da a un lúgubre patio trasero.

—No es tan horrible, Ana. Aquí está nuestro vehículo. Sube; el cochero cargará con tu maleta. Ah, sí, nuestro alojamiento... Es una casa de huéspedes bastante agradable, como admitirás mañana tras una noche de sueño reparador. Es un gran edificio de piedra gris, chapado a la antigua en St. John Street, a solo un corto y agradable paseo de Redmond. Solía ser la «residencia» de gente importante, pero la moda cambió y las casas de St. John Street ahora solo pueden permitirse soñar con la gloria del pasado. Son tan grandes que los propietarios las han convertido en pensiones para que no estén tan vacías. Al menos, esa es la razón que dan nuestras caseras. Son encantadoras, Ana... Me refiero a nuestras caseras, claro.

—¿Cuántas son?

—Dos. La señorita Hannah Harvey y la señorita Ada Harvey. Son mellizas y nacieron hace unos cincuenta años.

—¡Vaya, al parecer, los mellizos me siguen a todas partes! —comentó Ana con una sonrisa.

—Ah, pero estas ya no lo son, querida. Cuando llegaron a la treintena, dejaron de ser mellizas: la señorita Hannah ha envejecido con poca dignidad, y la señorita Ada se ha quedado en sus treinta años, pero con menos dignidad todavía. No sé si la señorita Hannah es capaz de sonreír. Jamás la he visto hacerlo, pero la señorita Ada siempre sonríe, lo que es peor. Sin embargo, son amables y cada año toman a dos inquilinas porque el alma económica de la señorita Hannah no puede soportar «desperdiciar espacio», y no porque lo necesiten o estén obligadas a hacerlo, tal como me ha dicho la señorita Ada siete veces desde la pasada noche del sábado. Y en lo que respecta a nuestras habitaciones, tengo que admitir que son simples dormitorios y que la mía da al patio de atrás. La tuya da delante, al viejo cementerio, justo al otro lado de la calle.

—Eso suena espantoso. —Ana se estremeció—. Preferiría la vista del patio trasero.

—Oh, no, te aseguro que no. Espera y verás. El viejo cementerio es un lugar precioso. Ha sido cementerio durante tantos años que ya ha dejado de serlo y ha pasado a convertirse en uno de los parajes más queridos de Kingsport. Ayer estuve paseando por allí y fue muy agradable. Hay un gran muro de piedra flanqueado por una fila de enormes árboles, y más árboles esparcidos por doquier, y unas tumbas antiguas de lo más extrañas, con inscripciones pintorescas. Ya verás, Ana. No podrás resistirte a examinarlas. Por supuesto, ahora no entierran a nadie, pero hace unos años erigieron un hermoso monumento a la memoria de los soldados de Nueva Escocia que cayeron en la guerra de Crimea. Está justo frente



a la verja de la entrada... Como tú solías decir, en ese cementerio hay «campo para la imaginación». Ah, ahí está tu maleta..., y los chicos, que vienen a despedirse. ¿Estoy obligada a estrecharle la mano a Charlie Sloane, Ana? Sus manos siempre están frías como un arenque. Tenemos que pedirles que vengan a visitarnos de vez en cuando. La señorita Hannah, muy seria, me dijo que podíamos recibir «visitas de jóvenes caballeros» dos veces a la semana, siempre que se marcharan a una hora razonable; y la señorita Ada me pidió, sonriendo, que por favor nos aseguráramos de que no se sentaban en sus preciosos cojines. Le prometí que así lo haríamos, pero solo Dios sabe dónde se sentarán como no sea en el suelo, porque hay cojines ¡por todas partes! La señorita Ada incluso ha puesto uno de encaje encima del piano.

A estas alturas, Ana ya reía sin parar. La alegre charla de Priscilla tuvo el efecto deseado y le levantó el ánimo; por el momento, la añoranza se desvaneció, y no regresó de nuevo hasta que se encontró finalmente a solas en su pequeño dormitorio. Fue hacia su ventana y miró a través de ella. La calle estaba sombría y en calma. La luna brillaba sobre los árboles del viejo cementerio St. John, justo detrás de la enorme y oscura cabeza de león del monumento. Ana se preguntó cómo podía ser que no hubiera pasado ni un día desde que partiera de Tejas Verdes. Tenía la sensación de que había transcurrido mucho tiempo, una sensación provocada, sin duda, por una jornada de viaje llena de novedades.

—Supongo que en estos momentos la misma luna ilumina Tejas Verdes —musitó—. Pero no quiero pensar en ello... De lo contrario, avivaré mi añoranza. Ni siquiera voy a llorar largo y tendido. Lo dejaré para otra ocasión. Ahora me acostaré tranquila y sensatamente, y me dormiré.